

remotas las hayan ensalzado los poetas de Oriente en entusiastas cantos. El extranjero, hijo de los frios países del norte, comprende al ver una gacela libre por qué es tan querida de los árabes, y él también experimenta ese sentimiento de admiración que ha inspirado á los poetas. El hijo del desierto compara los ojos de una hermosa con los de una gacela, pone en parangón el torneado cuello de la mujer que adora con el esbelto de aquel animal; hasta para el hombre piadoso es el ligero habitante del desierto una imagen que representa el corazón que se eleva á Dios; y cuando la gacela ha desaparecido de sus ojos, queda grabada su imagen en su alma. A todos encanta, á todos fascina, porque ella es el tipo de la belleza suprema.

Los antiguos egipcios consagraban por lo mismo una gacela á Isis, sacrificando sus pequeños á la reina de los dioses. De este animal habla el autor del *Cántico de los cánticos*; es el corzo, el joven ciervo con el que compara al amigo; es la

cierva de la llanura por la cual se conjuraba á la hija de Jerusalén.

Los poetas árabes de todos tiempos no han hallado palabras suficientes para celebrar la gacela; los autores más antiguos la ensalzan, y aun hoy cantan su belleza los copleros de las calles.

#### LA GACELA DORCAS—GAZELLA DORCAS

**CARACTERES.**—La gacela dorcas (fig. 229) no alcanza al tamaño del corzo; pero tiene formas más graciosas y elegantes, y más bonito pelaje. El macho viejo mide 1<sup>m</sup>,20 de largo ó 1<sup>m</sup>,30 si se comprende la cola, y su altura hasta la cruz pasa de 0<sup>m</sup>,60. Este rumiante tiene el cuerpo recogido, aunque parece delgado, á causa de la longitud de las piernas; el lomo se arquea ligeramente, y el cuarto trasero es más alto que la cruz. Tiene la cola corta, poblada en el extremo; las

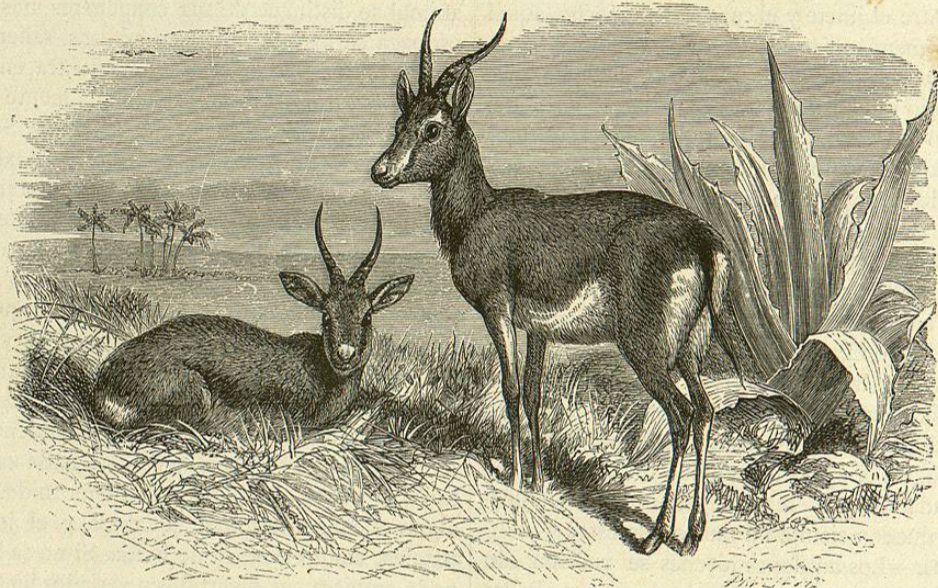


Fig. 229.—LA GACELA DORCAS

piernas muy finas; los cascos de airoso forma; el cuello largo; la cabeza regular, alta, ancha por detrás y adelgazada por delante; el hocico ligeramente redondeado; las orejas de un largo equivalente á las tres cuartas partes de la cabeza; los ojos grandes, muy vivos y de pupila redondeada, y los lagrimales medianos. Los cuernos varían según el sexo: los del macho son más fuertes, con anillos de crecimiento más marcados que los de la hembra: en ambos sexos están inclinados hacia arriba y atrás, pero la punta se dirige hacia adelante y adentro, de manera que ofrecen la forma de una lira. A medida que el animal avanza en edad acérscense más á la punta dichos círculos; en los machos viejos no tienen más de un centímetro y medio, sin duda por causa del desgaste, y es de advertir que no guardan relación directa con la edad del animal. Yo examiné un macho cautivo de quince meses, y vi que tenía cinco de estos círculos.

El pelaje dominante es el amarillo de arena; en el lomo y miembros pasa más ó menos al pardo rojo y oscuro, y una faja más densa todavía se corre á lo largo de los costados, formando una separación entre el tinte del lomo y del vientre, que es de un blanco brillante. La cabeza es más clara que el lomo; la parte superior del hocico, la garganta, los labios, el círculo del ojo y una faja que se prolonga á cada lado del hocico, son de un blanco amarillento; una raya parda baja desde el ángulo del ojo hasta el labio superior. Las orejas son de un gris amarillento, orilladas de negro, y hay

en ellas tres hileras longitudinales de pelos bastante compactos: la cola es de un pardo oscuro en la raíz y negra en su mitad terminal.

Existen variedades que tienen el pelaje más gris, y se asemejan á la gacela de Persia, presentada por ciertos naturalistas como una especie aparte.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—El norte de Africa es el país de la gacela dorcas: se la encuentra desde Berbería hasta la Arabia Petrea; desde las costas del Mediterráneo, donde ya escasea mucho, hasta las montañas de Abisinia y las estepas del Africa central.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Habita el desierto y las estepas, y se encuentra en mayor número cuanto más rico en plantas es el país; debiendo advertir aquí que los puntos fértiles para los africanos no lo serían de ningún modo para nosotros. Error sería creer que la gacela es hija de los valles de abundante vegetación, pues muy pocas veces se presenta en ellos; cierto es que los prefiere á las altas mesetas, pero solo le gustan las del desierto, y escasea tanto en las orillas de los ríos como en las montañas. Permanece en los lugares arenosos, donde alternan las colinas con los vallecitos y están cubiertas por todas partes de mimosas; abunda también en las estepas, pero aun allí prefiere los parajes arenosos á las grandes praderas. En las del Kordofan se encuentran manadas de 40 á 50 individuos, que recorren, aunque tal vez solo una parte del año, considerables espacios.

En sus sitios favoritos no se ven nunca sino pequeños grupos de dos á ocho individuos, y también se hallan á menudo gacelas aisladas. A medida que avanza desde el Mediterráneo hacia la Nubia aparece más abundante y es común entre el Nilo y el mar Rojo.

Las familias reducidas se componen ordinariamente de un macho, una hembra y su pequeño, que permanece con ellos hasta la próxima época del celo. También se encuentran manadas compuestas exclusivamente de machos, ahuyentados por sus rivales más fuertes; permanecen juntos hasta el período del celo; todo viajero que los halle puede estar seguro de ver poco después una gacela.

En las horas de gran calor, ó sea desde el medio día hasta las cuatro de la tarde, rumian tranquilamente estos animales á la sombra de una mimosa, y en todas las demás horas están en continuo movimiento. Sin embargo, es menos fácil de lo que pudiera creerse divisarlas al pronto, pues gracias

á la conformidad del color de su pelaje con el del suelo, pasan desapercibidas: el europeo no las distingue á un kilómetro de distancia, y solo la vista penetrante del árabe puede reconocerlas á ocho kilómetros. Por lo regular suele situarse la manada cerca de una breña de mimosas, cuyas copas extendidas en forma de parasol la preservan de los ardientes rayos del astro del día. Solo la gacela que vigila está visible; las demás, que rumian echadas, parecen montones de piedras, y muchas veces se engaña la vista del cazador. Todo está tranquilo; los animales vagan de un punto á otro, aunque sin apartarse mucho del lugar que ocupan; pero á la menor señal de peligro abandonan presurosos su sitio, haciendo lo propio cuando cambia el viento. Las gacelas se sitúan con preferencia en la vertiente de una colina, de manera que puedan dominar la llanura que se extiende ante su vista, y se ponen siempre al viento, á fin de que les sea más fácil reconocer el peligro que pudiera llegar por el lado opuesto. A

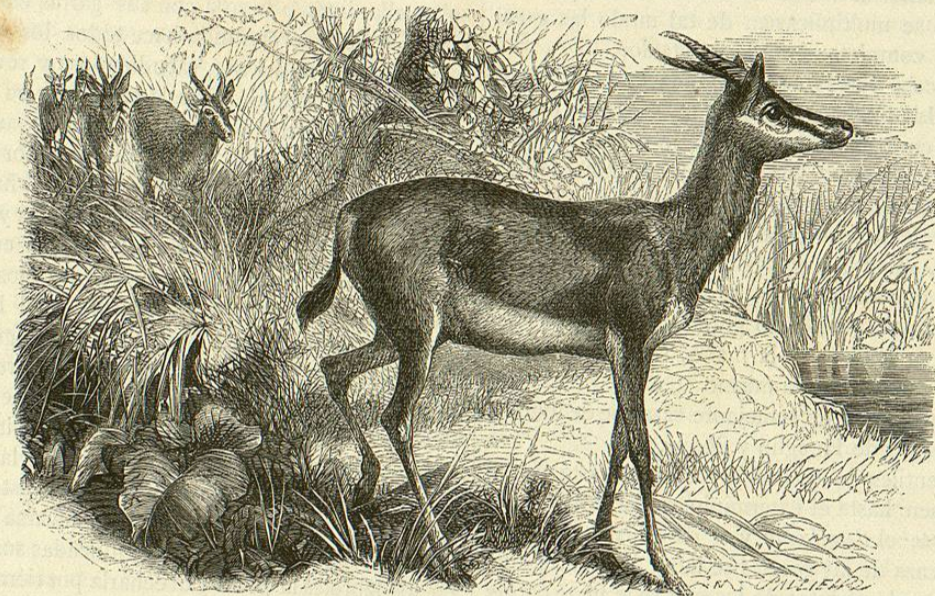


Fig. 230.—LA GACELA ARIEL

la primer alarma ganan la cima de la colina y examinan atentamente el terreno para ver qué puntos les ofrecen la mejor escapatoria.

No puede negarse que la gacela está dotada admirablemente por todos conceptos: ningún otro antilópido es más activo que ella; es vivaz y siempre graciosa, y su carrera fácil; una manada que huye seduce la vista, pues aun cuando amenace un peligro á los animales, parece que todavía retoran. Dan saltos de metro y medio y dos de altura, y franquean, como por diversion, elevados matorrales y grandes cantos. Todos sus sentidos, el oído, la vista y el olfato, alcanzan gran desarrollo; la gacela dorcas es prudente, y aun astuta; tiene muy buena memoria y sabe aprovecharse de la experiencia.

La gacela es inofensiva y tímida, aunque tiene más valor de lo que se cree: en el seno de la manada son frecuentes las luchas, y los machos particularmente, se disputan las hembras, á las cuales manifiestan siempre el más solícito cariño. La gacela vive en paz con todos los demás animales, y algunas veces se encuentra mezclada en manadas de otras especies de antilópidos.

No puede decirse que la gacela dorcas sea tímida; es más bien prudente, y evita cuanto pudiera ser peligroso para ella. Hallándome en el Kordofan atravesaba yo cierto cantón casi desierto, lejos de los caminos cubiertos de altas yerbas: en un solo día ví lo menos veinte manadas de gacelas dorcas,

todas muy robustas, y como probablemente no habían sido cazadas aun con armas de fuego, dejéme acercar á cuarenta pasos, distancia que puede alcanzar la lanza de un habitante del Sudan: pero se retiraron luego sin fijarse mucho en mí. Cautivábame de tal manera el aspecto de aquellos lindos animales, que no pensaba en alejarme, mas como luego predominase en mí la pasión del cazador, hice fuego contra el mejor macho y le derribé. Los demás emprendieron la fuga, para detenerse de nuevo á unos cien pasos y alejarse después al trote, y como pude acercarme á la distancia de ochenta, maté dos machos más, antes que la manada se resolviese á huir del todo.

El período del celo varía según las condiciones climáticas: en el norte de Africa comienza en agosto ó octubre; en los trópicos, desde últimos de este mes á fines de diciembre. Los machos se provocan con sus balidos, y se lanzan unos contra otros con tal violencia, que suelen romperse los cuernos: yo he cazado muchas veces individuos que tenían uno partido por la raíz. La hembra se limita á gemir dulcemente; el macho más fuerte es el preferido; cuando consigue ahuyentar á todos sus rivales, acércase á él la gacela y recibe con gusto sus caricias; el macho la sigue paso á paso, la olfatea, frota la cabeza contra su cuello, le lame la cara, y trata de manifestarle su amor por todos los medios. El macho para efectuar el apareamiento, se pone de pié y persigue á la hembra, la cual se aparta de él con movimientos bruscos.

Aquel, sin embargo, no abandona la presa hasta lograr su objeto.

En el norte paren las hembras á fines de febrero ó á principios de marzo, y en el sur, de marzo á mayo; solo dan á luz un hijuelo, y la gestacion dura de cinco á seis meses. La mayor parte de las hembras que yo maté en marzo y á principios de abril, estaban preñadas, y muchas tenian ya un feto muy desarrollado. El hijuelo es endeble durante los primeros dias de su vida, observándose que cuanto mayor es su debilidad, mas cuida de él la madre: los árabes y los abisinos cogen muchos hijuelos. La hembra ahuyenta á patadas á sus enemigos, especialmente al zorro que se adelanta cautelosamente, y el macho acude en su auxilio; pero siempre se hallan expuestas á muchos peligros las gacelas jóvenes antes de poder correr con tanta ligereza como los padres. La mitad de ellas, sin que esto sea exagerar, son presa de los carniceros de aquella region; pero tambien es verdad que sin estos, que parecen tener la mision de mantener el equilibrio en el reino animal, se multiplicarian de tal modo las gacelas, que destruirian completamente la vegetacion.

**CAZA.**—La gacela dorcas es perseguida con verdadero entusiasmo: todos los pueblos que habitan los países donde ella vive, rivalizan en ardimiento para darle caza. El noble persa y el dignatario turco se lanzan en su seguimiento con tanto placer como el jefe beduino ó el habitante del Sudan. En el norte se sirven de la escopeta; en Persia, ó en el corazon del desierto, se utiliza el halcon de rápido vuelo, y tambien el lebril, que no cede en ligereza á la gacela. Yo he visto con frecuencia en Egipto grandes personajes que iban de caza con su halcon en la mano, siquiera no haya presenciado la caza en el terreno mismo.

Para dar una descripcion de semejante caza, he de fundarme en las afirmaciones de Heuglin y Spony.

Los halcones gentiles de que se servian para esta caza y que hoy se persiguen hasta el exterminio en el norte, eran el *halcon transeunte*, el *degollador* y el de nuca roja. Para adiestrarlos en la caza de las gacelas se llena la piel de una de estas de paja y en las órbitas de los ojos se le mete carne; cuando el halcon está un poco amansado, se le pone encima del simulacro, aumentando todos los dias la distancia entre el halcon y el guardian. Aquel se acostumbra á comer la carne puesta en las cavidades de los ojos y poco á poco se habitúa á volver hácia su amo. Este le va alargando de dia en dia la cuerda que lo sujeta y enseñándolo á obedecer á su reclamo. Para adiestrarlo á echarse sobre las gacelas vivas se le ponen pequeños cautivos, ó á falta de estos se busca en los bosques á los hijuelos cuya madre esté ausente, y que á la par se sientan fatigados por continuada persecucion; entonces se suelta el halcon, que acomete al pequeñuelo, aprendiendo de este modo á echarse sobre las gacelas viejas; una vez que haya sostenido algunas luchas con ellas, queda hábil para esta caza.

Este modo de cazar exige gran número de hombres, caballos, perros y halcones, por lo cual es muy costoso y no pueden usarlo sino los grandes del imperio. Alim-Bajá echaba á perder, segun Spony, en estos últimos tiempos anualmente, al menos 15 caballos y 30 perros. Antes de empezar la caza se examina durante varios dias el sitio donde abundan las gacelas, averiguando con cuidado los senderos y guaridas de los animales. La vispera de la caceria los mozos de la caballeriza reciben las órdenes necesarias; la expedicion debe ponerse en marcha antes de amanecer, pues es preciso llegar al punto fijado antes de que salga el sol. La gente observa el mas profundo silencio en su marcha al desierto y al sitio de la caceria, que ha sido ya cercado la noche anterior por los cazadores. Aquí se ve un halconero á caballo con el halcon

sobre el puño y con el perro atado con una cuerda; allí otro tambien con su halcon en la mano, otro en los hombros y algunas veces un tercero sobre la cabeza; detrás de él marchan muchachos con una jauria de lebreles. Siguen camellos de carga con agua y viveres. Forman la vanguardia los cazadores, gente muy experta que tiene todos los conocimientos necesarios para la caza y la obligacion de averiguar desde las alturas los sitios donde esta se encuentra, indicando á sus compañeros de la llanura los puntos donde ellos ven las gacelas y la direccion en que deben marchar para acercarse á los animales. Lenta y silenciosamente, y si les es posible en direccion opuesta al viento, se acercan á un grupo de gacelas, aprovechándose para ello de todas las tortuosidades del terreno, segun lo requiere el arte de montería. A una distancia conveniente, se quita el capirote á un halcon experto y se le lanza al aire, despues que ha divisado la gacela. El halcon, remontándose primero á grande altura, se dirige luego, con la rapidez del rayo, hácia la gacela, y precipitándose sobre ella, intenta herirla con sus garras en la region de los ojos. La pieza sorprendida hace todos los esfuerzos posibles para deshacerse del ave, sacudiéndose y revolcándose; esta cuando se ve en apuro deja la cabeza de su víctima para cogerla un momento despues. Los perros, aunque no hayan visto aun á las gacelas, saben muy bien por experiencia que la caceria empieza por quitar el capirote al halcon; comienzan entonces á calentarse, tiran de las cuerdas y ya no es posible contenerlos. Cuando se les suelta siguen en seguida al halcon, en el cual tienen siempre fijos los ojos, y tras de ellos galopan los cazadores á toda brida. Si el halcon es bueno, pára al antilope, si este no es demasiado grande, hasta que llegan los perros para echar al suelo la presa. Esta manera de cazar es muy agradable y divertida. Luego que el halcon alcanza á la gacela en su huida, se precipita sobre ella para cogerla con las garras por el cuello y por la cabeza; todos los cazadores lanzan un grito de alegría; estos gritos aumentan cuando un buen halcon deja llevarse un largo trecho por la gacela, en cuya nuca tiene hincadas sus garras. Al alcanzar los lebreles la presa y al echarla por tierra, perros y gacela forman un solo grupo. En este momento uno de los cazadores se presenta en el sitio de la lucha, se apodera del halcon, da muerte á la pieza, ahuyenta á los perros y pone el capirote al ave. A veces sucede que el halcon descarga algun picotazo ó aletazo sobre la nariz ú orejas de un perro, lo que si bien molesta mucho á este, excita la risa aun al mas serio cazador, porque casi siempre se precisa la ayuda de un hombre para evitar una lucha entre el ave y el perro. Algunas veces el halcon se precipita sobre una liebre, en vez de perseguir á la gacela, y entonces la caceria está perdida; pero en general estas excelentes aves de rapiña conocen muy bien su obligacion y no persiguen sino á las gacelas.

La caza de los árabes del Africa occidental es aun mas curiosa; pero ya hablaremos de ella mas adelante.

En ciertos puntos del norte de aquel país persiguen los cazadores á las gacelas á caballo, y tratan de alcanzarlas; esto no es fácil, pues por rápidamente que corran los corceles del desierto, ofrece, no obstante, gran dificultad atajar á las gacelas llevando al jinete. Sin embargo, despues de una larga carrera y de cambiar varias veces de caballo, los cazadores consiguen dar alcance á la fugitiva, que ya no puede escapar. Le rompen las piernas tirándole con suma destreza unos palos muy fuertes, y entonces les cuesta poco apoderarse del animal herido.

Yo no he cazado la gacela sino con carabina, y mas de una vez maté seis en un dia; lo mejor es ir con poca gente, y de ello me he convencido en mi última excursion al norte de Abisinia. Antes de la llegada del duque de Coburgo, recorría

yo el país en compañía de mi amigo el baron von Arkel d'Ablaing, y á menudo tuve ocasion de cazar gacelas sin apartarme de mi camino. Cuando veíamos un rebaño, continuábamos andando, aunque con paso mas corto; uno de nosotros se apeaba luego detrás de un matorral, dejaba el caballo al criado y avanzaba prudentemente, rastreando contra el viento y en direccion á la caza. El otro continuaba entre tanto su camino, pues habíamos observado que las gacelas desconfian menos de los jinetes que de los que van á pié, y que huyen apenas se detiene una caravana. La gacela que vigilaba solia permanecer inmóvil, con la mirada fija en los transeuntes, y sin cuidarse de los alrededores; y aprovechando el cazador aquella circunstancia, acercábase todo lo mas posible y hacia fuego á la distancia de 80 á 150 pasos, situándose detrás de un matorral. La manada escapaba entonces á todo correr, subíase á la colina mas próxima, sin detenerse hasta llegar á la cima, y una vez allí, se paraban las gacelas para ver lo que pasaba. En diversas ocasiones hemos podido llegar de este modo hasta muy cerca de sus centinelas.

Estos animales dan algunas veces pruebas de su mutuo cariño: en pocos dias me sucedió cazar dos individuos de una sola vez: una de las gacelas cayó al primer tiro, y su compañera permaneció al lado como paralizada por el terror; limitábase á producir un ligero balido de inquietud, y corria despues al rededor del cadáver de su compañera, con lo cual me daba tiempo para cargar y herirla de muerte. La primera vez que me ocurrió este caso, maté un macho y una hembra, y la segunda dos machos; pero no se mostraron estos menos cariñosos que los otros.

En ciertas localidades se cubren todas las colinas de gacelas, que asustadas por la detonacion, procuran ganar sus observatorios para examinar el país. Aquellos parajes áridos ofrecen entonces un nuevo atractivo. Las graciosas siluetas de las gacelas se destacan en el azul del firmamento, y se distinguen todas sus formas á una gran distancia.

A veces se refugian detrás de una de aquellas colinas de arena, tan comunes en el Sahara, y permanecen inmóviles hasta que han perdido de vista al cazador. En un principio me engañé varias veces: subia yo prudentemente por la colina, y despues de mirar algun tiempo á lo lejos para saber por dónde iban las gacelas, veíalas debajo de mí. La caída de una piedra ó el mas ligero ruido bastaba para que emprendiesen la fuga presurosos.

Jamás he visto á estos rumiantes huir á todo correr cuando los persiguen los hombres; solo lo hacen cuando ven al perro. No entraré en pormenores sobre este punto, porque me faltan palabras para describir el espectáculo: entonces no corre la gacela, parece que tiene alas, y aun esta comparacion la considero muy modesta.

En el Kordofán y en los demás países del interior de Africa, donde no son de un uso continuo las armas de fuego, ni suelen encontrarse sino en manos de los blancos, es mas frecuente cazar la gacela con trampas. Consisten estas en unos artificios llamados *platos*, los cuales colocan en el sitio por donde suelen pasar las gacelas; y en cada uno de ellos se hace un nudo corredizo, al que se sujeta un grueso palo. Este plato es un círculo con varios agujeros en los cuales se introducen unas varitas; todas convergen hácia el centro, se inclinan ligeramente, y son puntiagudas en su extremo libre. Cada uno de los platos se coloca sobre un hoyo pequeño, abierto en la arena, y rodeado de un borde de corteza para impedir que se obstruya. La gacela, que sigue tranquilamente su camino, pisa el plato; su pié se desliza sobre los palos y se hunde en la zanja; las varillas en que se ha enredado su pierna le hacen daño y lo molestan, y al tratar de sacudirlas, estrecha mas el nudo corredizo, del cual se hubiera librado

sin esta circunstancia. Asustada entonces la gacela, trata de huir, pero el palo que arrastra aumenta su espanto; corre con toda la ligereza posible, y en aquella frenética carrera se dobla y triplica la fuerza de impulsión del palo, que acaba por romperle una pierna. La infeliz no tarda entonces en caer prisionera del cazador; porque este pone inmediatamente sus perros sobre la pista, ó la sigue él mismo, guiándose por las señales que ha dejado el palo. Se cogen numerosas gacelas así, pero muchas mas con los lebreles del desierto, que dan alcance á treinta ó cuarenta en un solo dia.

Las tribus de los beduinos organizan á veces grandes batidas y en ellas matan centenares de gacelas si las circunstancias les son propicias. En regiones del desierto donde abundan los antilopes, se observan acá y acullá muros de piedras de la altura de un hombre, que, en direccion divergente, se extienden á vastas distancias por el desierto; de modo que en uno de sus extremos los dos brazos que forman el muro, se hallan al menos á media legua de distancia uno de otro, al paso que en el otro extremo acaban en un patio cercado por todas partes. En tiempos en que hay muchos antilopes cerca de estos muros, la tribu de beduinos sale para la caza, y formando un grande arco alrededor de los animales, intenta hacerles entrar en el recinto cerrado por los muros. En la mayoría de los casos, aunque no siempre, logra aquella su intencion, y á las gacelas, una vez dentro de la trampa, ya no les queda medio alguno para escaparse, pues en su terror apenas si intentan salvar los muros. Al fin todo el espacio está lleno de ellas, y entonces empieza una carnicería detestable é indigna de nobles cazadores, acompañada de los gritos de triunfo de los árabes.

La gacela adulta tiene, exceptuando el hombre, pocos enemigos que la persigan; entre los mas peligrosos se cuentan el leopardo, las hienas, los chacales y otros cánidos salvajes y quizás alguna que otra águila.

**CAUTIVIDAD.**—Las gacelas dorcas se domestican muy pronto cuando son pequeñas, y soportan perfectamente la cautividad. La belleza de los ojos de estos animales es tan grande que todos los países orientales la consideran á tal punto, que las mujeres embarazadas las tratan con mucho cuidado, con el solo objeto de hacer pasar la belleza de los ojos del animal á sus criaturas; para esto se sientan las mujeres al lado de las gacelas acariciándolas, pasándoles las manos por los ojos, palpando despues los suyos y recitando versículos á los que atribuyen mucha virtud. En todas las casas europeas de las ciudades del norte y del este de Africa existen como adorno, y algunas de ellas son verdaderos animales domésticos. Siguen al amo como un perro, entran en las habitaciones, dan vueltas al rededor de la mesa pidiendo de comer, escápanse algunas veces á los campos ó al desierto y vuelven por la tarde, ó cuando oyen la voz del amo.

En nuestros climas se puede conservar muchos años una gacela libre si se la cuida convenientemente, procurando preservarla sobre todo de los rigores de la temperatura. Necesita una cuadra bien abrigada en invierno y mucho espacio para pasar el verano. Una manada de gacelas es el mas bonito ornato de un parque; hasta el corzo parece á su lado un animal de formas pesadas y feas. Las gacelas que se domestican se muestran dóciles y confiadas hasta con las personas extrañas; solo los machos hacen algunas veces uso de sus cuernos, pero es mas bien con deseo de retozar que por mala índole.

Aliméntanse de pan, heno y cebada: en verano se les da trébol y forraje verde; les sienta muy bien el agua mezclada con salvado, como la que dan á las cabras; beben muy poco; les basta lo que coge en una copa diariamente, y son sumamente aficionadas á la sal.